

nos, ⁽¹⁾ Zoroastro, ⁽²⁾ Thalís, ⁽³⁾ Pitágoras, ⁽⁴⁾ Platón, ⁽⁵⁾ Cicerón, ⁽⁶⁾ Séneca, ⁽⁷⁾ Epicteto, ⁽⁸⁾ Marco Aurelio, ⁽⁹⁾ Plutarco, ⁽¹⁰⁾ enseñaron á sus discípulos que la continua vigilancia de sí mismo y el examen del interior, son siempre los primeros y más necesarios ejercicios para quien aspire á la verdadera sabiduría.

¿De dónde procede ese huir de nosotros mismos? Nos lamentamos de que no nos conocemos; deseamos conocernos y, sin embargo, no lo queremos de veras. Verdad es que no nos encontramos bien en esa ignorancia, pero comprendemos que nos haríamos intolerables á nosotros mismos si alguna vez pudiéramos entrever nuestra verdadera situación. Sabemos desde luego que la verdad respecto á nosotros mismos descubriría hechos en que no encontraríamos razón para alegrarnos, y además el orgullo, esa enfermedad del alma, fuente de nuestros males, muestra en esto de un modo especial su eficacia. El más que ninguna otra cosa, hace amargo el trabajo de exploración en el fondo de nosotros mismos; demasiado bien sabe que su interés está en mantenernos ignorantes de nuestro interior, y eso le es tanto más fácil cuanto que el conocimiento de nosotros mismos exige los mismos esfuerzos, y tal vez más que el de cualquiera otra ciencia.

El hombre es, por consiguiente, para sí mismo el más profundo de los enigmas. Nada le es tan extraño, tan remoto, tan incomprensible como su propio interior; lo cual demuestra, mejor que otra prueba alguna, la ruina en que hemos caído.

(1) Stobæus, *Florileg.*, tit. 21 (Meineke, I, 316-335). Hauthaler, *Moralphilosophie des klassischen Alterthums*, 98-101.

(2) Spiegel, *Iranische Alterthumskunde*, III, 691.

(3) Diogen. Laert., I, 1, 40.

(4) Pitágoras, *Carmen aur.*, 40 y sig. Hierocles, *Comment.* (Müllach, *Fragm. phil. Gr.*, I, 460 y sig.). Diog. Laert., 8, 1, 22.

(5) Platón, *Alcibiades*, I, c. 26, p. 131, a.

(6) Cicerón, *Tusc.*, I, 22. *Leg.*, I, 22, 23; *Senect.*, 11.

(7) Séneca, *Ira*, 3, 36, 1; *Ep.*, 28, 9, 10.

(8) Epictet., 3, 10, 1 y sig.; 25, 1 y sig.; 4, 6, 32 y sig.

(9) Marco Aurelio, 4, 13; 7, 28, 59.

(10) Plutarco, *Superstit.*, 7.

6. Confesar su falta es todavía más difícil.—Pero si es ya difícil conocerse á sí mismo, lo es más aun confesarse culpable. Cuando sólo se encadena á la serpiente con la penetrante fijeza de la mirada, permanece tranquila, pero estalla su cólera tan pronto como se quiere obligarla á que vierta el veneno contenido en sus dientes; así también se manifiesta del modo más completo la corrupción del hombre cuando se trata de alejar, mediante la confesión, el veneno de su interior. Entonces se ve cuán profundamente cayó en el disimulo y en el error.

Cuando la ley y la conciencia pretendían cerrarle el camino para impedir que cometiese el mal, se rebelaba diciendo que no era un niño y que deseaba proceder como los espíritus despreocupados; ahora que debe confesar el crimen cometido, no acaba nunca de lamentar la debilidad de la carne, de la voluntad y de la naturaleza. Si antes de ejecutar el acto se le hubiese acusado de irreflexión, lo habría considerado como una grave ofensa, y apenas ejecutado, él mismo aduce la irreflexión como excusa. Si antes se le hubiera reprochado por su falta de energía, que le convierte en instrumento de sus pasiones, por ser juguete de cualquier adulator astuto, por no ser dueño de sí mismo, se habría enojado mucho; y ahora encuentra fácil consuelo para su falta diciendo que la ocasión, la sorpresa, la seducción, la cólera, los falsos amigos, le habían inducido, que no era dueño de sí mismo, y que se dejó fácilmente arrastrar por influencias extrañas.

¿No era, pues, bastante cometer la falta? ¿Debe agravarse todavía, y cometerla de nuevo, haciéndola en cierto modo imperdonable con aquella excusa? Peor es, sin duda, excusar la mala acción que ejecutarla, ⁽¹⁾ y querer culpar á otros por ella no es menos condenable que inducirlos á pecar; pero todavía menos podrá conseguir el perdón quien no rinde tributo á la verdad confesando que pecó. ⁽²⁾

(1) Crisóstom., *In ps.*, 140, n. 7. S. Agustín, *Civ. Dei*, 14, 14. Gregorio Mag., *Moral.*, 22, 30.

(2) S. Agustín, *In ps.*, 7, en. 19.

7. La confesión debe ser universal, sincera y llena de sentimientos de compunción.—Si alguno admite en general que es pecador, como todos, nada decisivo ha hecho, pues no sería más que una confesión á medias, que no tendría ningún valor. Quien no destruya sinceramente y por completo los últimos restos del mal que en su corazón existan, no hace más que preparar al mal una guarida más secreta. El proverbio dice: La puerta de detrás pierde la casa, y habla conforme á la experiencia. ⁽¹⁾

Por consiguiente, la sinceridad misma no es aún garantía de que la confesión sea la salud; es necesario que proceda de un corazón verdaderamente contrito. Confiesan sus faltas muchos, de los que está escrito: Se alegran del mal hecho, y se vanaglorian de su maldad. ⁽²⁾ Pero esto no es confesar, sino tan sólo alistar compañeros de los propios delitos; pues de ese modo no se revoca el pecado, sino que se transmite á otros; tal confesión demuestra, no sólo imprudencia, sino la pérdida del pudor público.

En estas palabras se contiene una grave acusación contra una parte no muy leída de nuestra literatura. El más sublime entendimiento de la antigüedad cristiana, San Agustín, escribió la historia de sus extravíos en un libro que se cuenta entre los más excelentes de la literatura universal. Lo hizo después que la gracia triunfó de sus debilidades, que tan perfectamente describe, ⁽³⁾ y le curó de sus errores. Como él dice, ⁽⁴⁾ se decidió á la empresa únicamente porque deseaba aprender á avergonzarse de sí mismo y hacerse desagradable á sus propios ojos, y porque sabía que á los hombres gusta más sondear la vida ajena que la propia. Esperaba que aprenderían por él á conocerse, y que su salud sería para ellos motivo de esperar también el perdón. ⁽⁵⁾ Ese maravilloso y profundo libro

(1) Sailer, *Weisheit auf der Gasse* (G. W. [1819] XX, 1, 123).

(2) Prov., 2, 14.

(3) S. Agustín, *Confess.*, 5, 14, 25; 6, 6, 9; 11, 18-20; 16, 26; 7, 17, 23; 20, 26; 8, 1, 2; 5, 10-12; 8, 19, 20; 9, 21.

(4) *Ibid.*, 10, 2, 2.

(5) *Ibid.*, 10, 3, 3, 4.

de las *Confesiones*, que se hace tanto más interesante y atractivo cuanto más se lee, fué muchas veces imitado, pero ninguno tiene su mérito, y es único en su género. ¡Buen Dios! ¡qué imitaciones! ¡qué linaje de espíritus se colocan al lado de aquel Santo!

Nos referimos á los autores de ese diluvio de libros que, con el título de Confesiones, Memorias y otros semejantes, inundan la tierra. Verdaderamente, si no contuviesen tantas cosas que estremecen todo corazón no corrompido, habría que recomendar al mundo que los estudiase para aprender que no se conoce. Si hiciera falta una prueba de que el hombre nada comprende menos que su interior, en esas confesiones y autobiografías la tendríamos suficiente. Nadie iguala á Mme. de Genlis en la descripción de los accidentes de su vida; ⁽¹⁾ nada se olvida allí; ni el color de su calzado en tal ó cual circunstancia, ni las condiciones de su vestido. Mme. Roland se distingue en el arte de presentar á buena luz la perspicacia de su espíritu y la superioridad de su alma. En el cadalso, todavía pretendió escribir los pensamientos sublimes que había tenido al marchar á la muerte, para que el mundo supiera qué tesoro perdía en ella. Pero en todas las habladurías de esas escritoras ¿qué aprendemos acerca de su estado interior? Ni una palabra digna de fe.

No quiere esto decir que valgan más las autobiografías de hombres. ¿Quién sería bastante cándido para admitir como cierto cuanto Lamartine refiere de su naturaleza más que angélica? Todos esos escritores de memorias dicen solamente cómo desearían que los viésemos, y también cómo se ven á sí mismos con bastante vanidad; pero jamás nos dicen cómo realmente son. El solo acto de escribir un diario para sí mismo, se presta á reflexiones cuando se hace materia de los apuntes el propio interior; pues hay pocos bastante fuertes para no hacer de ese hábito una escuela de mentiras y de ilusiones, sabiendo que otros leerán aquellas páginas. ¡Cuánto más de temer es el peli-

(1) *Memoiren der Frau von Genlis* (deutsch von Faurax), I, 16 f.

gro, si se escribe con la intención de publicarlo! Por eso advierte con razón Stolberg que no deben consignarse los incidentes de la vida. Cree que únicamente por orden expresa de Dios se atrevieron á hacerlo San Agustín y Santa Teresa, pero que, fuera de casos como estos, hay en ello un verdadero peligro moral. ⁽¹⁾ El P. Faber aconseja también con instancia que no se haga, porque eso conduce á quimeras, y puede inducir hasta á cometer locuras únicamente para poder después escribirlas. Si se quiere saber hasta qué punto la costumbre de tener un diario está relacionada con todas las fibras y raíces del amor propio, basta echar éste al fuego y se experimentará. ⁽²⁾

Resulta de todo que una confesión sólo es moralmente admisible cuando sea un medio de salvar el honor de la virtud violada ó en peligro. Pocas obras hay en las que la cuestión de saber si está justificada su publicación solamente por los derechos de la verdad sea más dudosa que en las Memorias. San Agustín podría decir la verdad, pues aunque no fueron pequeños sus extravíos, no eran, sin embargo, de tal naturaleza que no pudiese contarlos. Guiberto de Nogent, que tal vez se le parece más que nadie en este concepto, debe confesar que no le es lícito decirlo todo para no hacer más malo al lector. ⁽³⁾ Por lo tanto, ¿cómo aprobar que muchos digan acerca de su vida la verdad con tan vejatoria franqueza, que dañan, no sólo á la virtud, sino hasta á la fe en ella?

Hablaremos ante todo de Rousseau. Incapaz de continuar en la vejez los desórdenes de sus años juveniles, quería por lo menos refrescar su recuerdo y saborear otra vez en espíritu cuanto había gustado en otro tiempo. En este concepto, razón tenía para decir que era sin ejemplar su libro. ⁽⁴⁾ Antes de Cardano, jamás había escrito nadie de ese modo.

(1) Janssen, *Stolberg seit seiner Rückkehr*, 447 s.

(2) Faber, *Altarsacrament*, 2, 7, 5.

(3) Guibert. de Novig., *De vita sua*, 2, 3.

(4) Rousseau, *Confess.*, 1, 1.

Por desgracia le imitaron otros, á quienes la verdad, aunque frecuentemente escandalosa, no parecía aún bastante horrible, y juzgaron necesario acudir á ficciones. Inútil será decir que nos referimos á Goethe.

Todas esas confesiones perjudican á la moral; no son una acusación, sino una justificación del pecado. El hombre penitente no procede así. Es lo mismo que combatir como un prejuicio la opinión de la sociedad de que la virtud es virtud y el vicio es vicio, es decir, procurar amigos y admiradores al pecado.

8. Debe acompañarla la vergüenza de haber pecado.—Es evidente que debe reprobarse aquella confesión. Quien habla sin pudor del pecado, aunque lo hiciese como predicador, destruye el último dique de la conciencia contra el mal.

Que los artistas y los poetas lo tengan por dicho. Si creen tener derecho á presentar el mal en toda su crudeza, están en grave error. El mal no tiene derecho de mostrarse al descubierto; luego ni el escritor ni el artista deben ofender los delicados sentimientos de los buenos con las descripciones naturalistas como dicen, del pecado, y quitar á los malos el último resto de pudor.

Tiene eso aplicación especial á la descripción de los extravíos propios, que es siempre condenable, si no la acompaña un pudor moderado, serio, sincero. Sólo esta confesión mejora á quien la hace y á quien la lee ó escucha.

Por lo tanto, si queremos enmendarnos, el disgusto contra nosotros mismos no debe limitarse al dolor de habernos envilecido; debe comprender también la vergüenza de nuestro estado y el ardiente deseo de recobrar lo que hemos perdido. Además, debemos tener la voluntad de volver á nuestra naturaleza buena, de la que hemos renegado, y la convicción de que no hay otro medio de ser nuevamente semejantes á nosotros mismos, que el parecernos á Dios.

Pero la condición más importante para esto es conside-

rar, como Dios lo hace, el horror de nuestra situación, y desagradarnos á nosotros mismos por su amor; ⁽¹⁾ luego debemos confesar el mal porque lo detestamos, y debemos detestarlo porque Dios lo detesta; por consiguiente, la confesión debe hacerse con el fin de destruir en nosotros por una sagrada vergüenza, la raíz del mal, que es el orgullo; en otros términos, con el propósito de curarnos por la humillación. ⁽²⁾

9. La humildad.—En eso precisamente se encuentra la verdadera dificultad de la confesión. Ésta no hiere al pecado sin la humillación. No lo aniquila quien se da golpes de pecho sin tener en el corazón aquel sentimiento; no hace más que hundirlo más profundamente en su interior. ⁽³⁾ Esa confesión hipócrita debe más bien ser considerada como una excusa ó una intimación de parte de los que la oyen, para indemnizar con alabanzas ⁽⁴⁾ á quien confiesa su falta, y aun hacerle admirar como un héroe. ⁽⁵⁾ Rousseau demuestra que realmente es así; que puede existir el más repugnante orgullo ⁽⁶⁾ en la confesión hipócrita de los pecados; de tal modo había perdido todo pudor, que no se avergüenza de decir que escribió su libro para presentarse con él delante de Dios el día del juicio, y desafiar á toda la humanidad reunida á que cite un solo hombre que se atreva á decirle: Yo soy mejor que tú. ⁽⁷⁾

Tenemos ante nosotros uno de esos ejemplos que frecuentemente se encuentran. Hay gentes que fingen humillarse, pero cuyo interior está lleno de malicia. ⁽⁸⁾ ¿Quién no conoce á personas que con los ojos bajos y palabras llenas de unción hablan siempre de sus defectos, diciéndose

(1) S. Agustín, *Sermo*, 19, 4.

(2) Gregor. Mag., *Mor.*, 22, 30. Máximo Conf., *Econ. cap. de virtut. et vit.*, 3, 62.

(3) S. Agustín, *Disciplina Christ.*, 10, 11; *Sermo*, 82, 11, 14.

(4) *Ibid.*, *In ps.*, 31, 2, 16. Greg. Mag., *Mor.*, 8, 37.

(5) Greg. Mag., *Mor.*, 22, 33; 24, 22.

(6) Bernard., *Grad. humilit.*, 5, 18.

(7) Rousseau, *Confess.*, 1, 1.

(8) Eccli., XIX, 23.

peores de lo que son? Pero ¿quién hace caso de sus palabras y de sus afectadas maneras?

Tratemos alguna vez de tomarlas en serio. He aquí uno que se nos confiesa y viene á hablarnos de un defecto que mucho ha queríamos haber censurado. La ocasión es buena; ahora está en disposición de ánimo, á propósito para tolerar respecto de eso una palabra de amigo bien intencionado. ¡Qué decepción! Él, que hace un momento se acusaba en los términos más exagerados, no acaba nunca de encontrar excusas. No hace falta dejarle hablar mucho para que nos pruebe, como Rousseau, que sus defectos son virtudes, y que deberíamos admirar precisamente aquello por que se ha humillado. Ese es el verdadero orgullo estúpido que Sócrates veía por todos los agujeros del manto de Antístenes, ⁽¹⁾ la ceguedad que determinó á Felipe IV á admitir el título de grande, y perder, no obstante, la Jamáica, Portugal, el Rosellón y Cataluña; de suerte que para burlarse de él se decía que era como los hoyos, que son mayores cuanto más tierra se saca de ellos. ⁽²⁾

Tales excrescencias del orgullo son tan evidentes, que sin duda no se pueden ocultar á nadie. Sin embargo, Rousseau habría tenido más razón si nos hubiera dicho á todos con más modestia: Que me arroje la primera piedra quien esté sin pecado. En efecto, una acusación que esté unida á la verdadera humildad es mucho más rara y difícil de lo que se cree ordinariamente. Aún aquellos que juzgan poder decir que toman su confesión en serio, tienen los motivos suficientes para examinarse concienzudamente, con objeto de saber si realmente su acusación es resultado de aquella humildad sin la cual no será desarraigado del corazón el pecado.

Tenemos respecto de esto una instructiva exhortación en la descripción de la muerte de Federico Guillermo I. Los atroces crímenes que este príncipe había cometido

(1) Diogen. Laert., 2, 36; 6, 8. Ælian., *Var.*, 9, 35.

(2) *Biographie générale*, XXXIX, 965.

contra la libertad de las personas y el derecho de los pueblos, el bárbaro rigor contra todo lo que estimaba injusticia, respecto á la que tenía especiales ideas; los accesos de cólera que le acometían, habrían hecho de este hombre extraño uno de los mayores déspotas de la historia, si no hubiera tenido al mismo tiempo cualidades excelentes. Pero la pureza de sus costumbres, casi desconocida por entonces en la corte, su corazón creyente de veras, reconciliaban con él á sus súbditos, aunque ponía á duras pruebas su paciencia, Murió entre las plegarias, las blasfemias y la humareda de los incendios; como fiel cristiano, sintiendo próxima la muerte, hizo llamar al canónigo Roloff, para que éste le reconciliase con Dios. Confesó sus pecados en presencia de muchos que asistían al acto. Era larga la serie, y como si estuviese mandando el ejercicio á los reclutas, hablaba con tal fuerza, que Roloff tuvo que imponerle moderación. Pero cuando el canónigo le invitó á que se arrepintiera, su vieja y dura cabeza entró en ebullición, y exclamó furioso: Todas mis obras fueron buenas y en honor de Dios. El canónigo le dijo que había pronunciado terribles condenaciones á muerte, ordenado ejecuciones injustas, reducido á la mendicidad muchos de sus vasallos. No llevó á mal eso el rey; confesó desde luego los hechos de que le acusaban, hasta dispuso que Roloff volviese todos los días, pero insistió en decir que nunca había procedido mal. Se necesitaron cerca de tres meses para determinarle á que se reconociera culpable de lo que tantas veces había confesado, y si la muerte no hubiera coadyuvado con sus terrores á las exhortaciones del canónigo, habrían surtido éstas muy poco efecto. ⁽¹⁾

10. La confesión es una exigencia de la razón natural.—Se deduce de todo lo dicho, aunque por nosotros mismos no lo supiéramos, que ofrece muchas dificultades una saludable confesión de los pecados. Decimos *saludable confesión*, porque la confesión general no es tan difícil, hasta es una necesidad y un consuelo para el corazón. Por

(1) Stenzel, *Geschichte des preussischen Staates*, III, 687 s.

más que el hombre se rebele contra ello, habrá de reconocer que en él no es todo como debería ser; pero con eso, nada hizo todavía por su salud espiritual; sólo queda justificado quien hace completa la confesión, y dándose golpes de pecho, dice contrito: Señor, tened misericordia de mí. ⁽¹⁾

Pero en esto consiste la mayor dificultad. Los sonidos más difíciles de emitir en todos los idiomas son las palabras: Yo, pobre pecador. Se necesita más que el poder humano para arrancarlas; la muerte misma no consigue siempre esta victoria contra el orgullo endurecido.

Y, sin embargo, nada hay que se comprenda mejor ni que sea tan natural y necesario como esta confesión. Sería un error creer que únicamente el Cristianismo impuso el precepto de la confesión. No fué la Revelación, sino la naturaleza misma de las cosas, la sana razón, la que hace para el hombre un deber el confesar los pecados.

Mucho tiempo antes de que Dios la hubiera exigido, encontramos la confesión de los pecados practicada por los hombres. Los lituanos paganos se confesaban en las fiestas de los sacrificios. ⁽²⁾ En el Budismo, la confesión de los pecados es requisito indispensable para obtener el perdón. ⁽³⁾ Lo mismo enseña la religión irania. El mazdayagna, el parsi ortodoxo, cuando llega á la edad de siete años, escoge un confesor á quien decir sus pecados, y cuya dirección espiritual debe seguir exactamente; ⁽⁴⁾ de él depende su suerte en el tiempo y en la eternidad. Entre los mejicanos, ⁽⁵⁾ cada cual estaba obligado á confesar sus pecados al sacerdote por lo menos una vez

(1) Luc., 18, 13.

(2) Mone, *Gesch. des Heidenthums im nördl. Europa*, I, 90.

(3) Lassen, *Ind. Alterthumsk.*, (2) II, Schlaginweit, *Sitzungsberichte der bayerischen Akademie der Wissenschaften*, 1863, I, 81-99; II, 149-152.

(4) Spiegel, *Eran. Alterthumsk.*, III, 578, 696, 700 y sig. (Trad. del Avesta, II, XXII). Fischer, *Heidenthum und Offenb.*, 147 y sig.

(5) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, (1864) IV, 129; cf. 180 y sig. Peschel, *Völkerkunde*, (1) 470-472.